

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE 1 Y 2 TIMOTEO Y TITO

Un hombre de Dios, que tiene el aliento de Dios (Mensaje 8)

Lectura bíblica: 2 Ti. 3:14-17

- I. El propósito supremo de Dios es obtener un Dios-hombre corporativo que le manifieste de manera corporativa; Dios no desea obtener un hombre bueno, sino un Dios-hombre, un hombre de Dios, que tiene el aliento de Dios—Jn. 1:1, 14; 1 Ti. 3:15-16; 2 Ti. 3:16-17:
 - A. “Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente”—Gn. 2:7:
 1. El aliento de vida insuflado en el cuerpo del hombre vino a ser el espíritu del hombre, el espíritu humano—Pr. 20:27; Job 32:8.
 2. El aliento de vida insuflado en el hombre no era la vida eterna de Dios ni el Espíritu de Dios; no obstante, debido a que el espíritu humano procedió del aliento de vida de Dios, dicho espíritu es muy parecido al Espíritu de Dios—cfr. Gen. 2:8-9.
 3. Por tanto, ahora es posible que se produzca una transmisión entre Dios el Espíritu y el espíritu del hombre, y que el espíritu humano tenga contacto con Dios y sea hecho uno con Él—Ro. 8:16; 1 Co. 6:17.
 - B. “Sopló en ellos y les dijo: Recibid el *Pneuma* Santo”—Jn. 20:22, lit.:
 1. El *Pneuma* Santo es el Espíritu Santo, el Aliento Santo.
 2. En el Evangelio de Juan encontramos tres palabras maravillosas: el *Verbo*, la *carne* y el *aliento*; el Verbo es Dios, la carne es el hombre y el aliento es el Espíritu—1:1, 14; 20:22.
 3. El Verbo se hizo carne para efectuar la redención jurídica y luego resucitó para llegar a ser el Aliento Santo que

- mora en nosotros y que nos brinda el suministro a fin de que se lleve a cabo nuestra salvación orgánica—1:14, 29; 1 Co. 15:45; Ro. 5:10; 10:12-13; cfr. Lm. 3:55-56.
- C. “Toda la Escritura es dada por el aliento de Dios”—2 Ti. 3:16a:
1. La Escritura, la palabra de Dios, es la exhalación de Dios.
 2. Las palabras pronunciadas por Dios son Su exhalación; por tanto, Su palabra es espíritu, o aliento—Jn. 6:63.
- D. Todo esto nos revela que ser un hombre de Dios que tiene el aliento de Dios requiere que ejercitemos nuestro espíritu, que continuamente recibamos el Espíritu y que inhalemos la palabra de Dios—1 Ti. 4:7; Gá. 3:2; Ef. 6:17-18a.
- II. El antídoto contenido en la vacuna divina, que contrarresta la decadencia de la iglesia, es la Escritura dada por el aliento de Dios, la cual es útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea cabal, enteramente equipado para toda buena obra—2 Ti. 3:14-17:
- A. La Biblia es el aliento de Dios, este aliento es el Espíritu y el Espíritu da vida—Jn. 6:63:
1. Cada vez que leemos la Biblia debemos inhalar a Dios para recibir vida, y cada vez que enseñamos debemos exhalar a Dios para impartir vida a otros—Hch. 6:4.
 2. Debemos leer la Biblia con toda oración y petición en el espíritu a fin de inhalar a Dios y debemos ministrar la palabra como Espíritu a fin de exhalar a Dios e infundirlo en otros—Ef. 6:17-18a; Hch. 6:10; 2 Co. 3:6.
- B. Desde la perspectiva divina, la Biblia es la exhalación de Dios; desde nuestra perspectiva, la Biblia es el medio por el cual recibimos el aliento de Dios, lo cual nos es útil en cuatro aspectos: nos enseña, nos redarguye, nos corrige y nos instruye en justicia:
1. La enseñanza es equivalente a la revelación; enseñar consiste en descender el velo para que la gente pueda ver algo del Dios Triuno y Su economía—Ef. 1:17; 3:9.
 2. La revelación que hemos visto nos redarguye; cada vez que vemos algo de Dios, nos percatamos de nuestros errores, malas obras, defectos y pecados y, como resultado, somos redargüidos y reprendidos; cuanto más veamos a Dios, cuanto más le conozcamos y le amemos,

- más nos aborreceremos y negaremos a nosotros mismos—cfr. Is. 6:1-8; Job 42:5-6; Mt. 16:24.
3. Después de ser redargüidos somos corregidos; corregir significa rectificar lo incorrecto, hacer que alguien retorne al camino correcto y restaurarle a una condición recta—cfr. 7:13-14; Jac. 5:19-20.
 4. Instruir en justicia significa ser divinamente instruido a fin de disfrutar a Cristo como la justicia que se exhibe en nuestra conducta y también significa ser divinamente disciplinado a fin de tener paz con Dios y con los hombres—Fil. 3:9.
- C. El resultado de que Dios se exhale a Sí mismo por medio de la Escritura para enseñarnos, redargüirnos, corregirnos e instruirnos en justicia, es que el hombre de Dios sea cabal, enteramente equipado para toda buena obra—2 Ti. 3:17:
1. Un hombre de Dios es un Dios-hombre, alguien que es partícipe de la vida y naturaleza de Dios (Jn. 1:12-13; 2 P. 1:4) y, por ende, es uno con Dios en Su vida y naturaleza (1 Co. 6:17) y así le expresa.
 2. La exhalación de Dios produce Dios-hombres; debemos inhalar al Dios Triuno continuamente leyendo las Escrituras con oración, a fin de recibir revelación y ser redargüidos, corregidos e instruidos en justicia.
- III. Recibir la palabra de Dios como el aliento de Dios a fin de llegar a estar constituidos de Dios, equivale también a recibir la palabra de Dios como la espada del Espíritu a fin de dar muerte al adversario de Dios—Ef. 6:17-18a:
- A. Satanás no solamente es el enemigo que está fuera de nosotros, sino también el adversario que está dentro de nosotros; para afrontar este adversario, es preciso que experimentemos el poder aniquilador de la palabra, orando la palabra constante de la Biblia para que ésta se convierta en la palabra que el Espíritu nos habla en un momento dado—Jn. 6:63; Ef. 5:26; Ap. 2:7.
- B. La espada, el Espíritu y la palabra son una sola entidad; cuando la palabra constante de la Biblia se convierte en la palabra que el Espíritu aplica a nosotros y nos comunica en un momento dado, en una situación particular, esa palabra es

- el Espíritu como la espada que aniquila al adversario—He. 4:12.
- C. Cuanto más tomemos la palabra de Dios con toda oración en el espíritu, más serán aniquilados todos los elementos negativos presentes en nuestro ser; finalmente, el yo, el peor enemigo, el enemigo del Cuerpo, será aniquilado—cfr. Ap. 1:16; 2:16.
- D. Cada vez que nos sintamos perturbados por alguno de los elementos negativos presentes en nuestro interior, debemos tomar la palabra de Dios con toda oración en el espíritu; cuando los elementos negativos en nosotros son exterminados mediante el orar-leer, el Señor obtiene la victoria.
- E. Nosotros somos guardados en la vida de iglesia y en el ministerio al recibir la palabra como el Espíritu quien, como espada aniquiladora, opera en calidad de antibiótico espiritual que mata los “gérmenes” que están en nuestro interior y nos permite llevar una saludable vida del Cuerpo, o sea, una saludable vida de iglesia.
- F. Los vencedores guardan la palabra del Señor al acudir continuamente al Señor para tener contacto con Él, quien es la Palabra viva contenida en la Palabra escrita, a fin de que Él se convierta en la palabra aplicada, es decir, en el Espíritu que se imparte en ellos—3:8; Jn. 1:1; 5:39-40; 6:63.
- G. Los vencedores están completamente constituidos del Espíritu como la palabra de Dios, y por ello llegan a ser la novia de Cristo y el nuevo hombre, el hombre corporativo de Dios, que tiene el aliento de Dios, el cual opera como una espada aniquiladora para que los enemigos de Dios sean destruidos y los hijos de Dios sean manifestados—Ap. 2:7; 22:17a; 19:13-15; 2 Ts. 2:8.

MENSAJE OCHO

UN HOMBRE DE DIOS, QUE TIENE EL ALIENTO DE DIOS

En 2 Timoteo 3:12-17 dice:

“En verdad todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución; mas los malos hombres y los impostores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados. Pero persiste tú en lo que has aprendido y de lo que estás convencido, sabiendo de quiénes has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es dada por el aliento de Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea cabal, enteramente equipado para toda buena obra”.

El tema de 2 Timoteo es la vacuna contra la decadencia de la iglesia. Como vimos en el mensaje anterior, dicha epístola está dirigida a los vacunadores. Hoy en día nosotros somos los vacunadores. Nosotros debemos ser personas que reciben la vacuna divina y que la administran a los demás a fin de que podamos juntos contrarrestar la decadencia de la iglesia. Además, vimos que poseemos los recursos necesarios para resistir la decadencia de la iglesia, y este “capital” es nuestro espíritu. Pablo encargó a Timoteo: “Por esta causa te recuerdo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos” (1:6). El próximo versículo dice: “Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de cordura”. El don de Dios mencionado en el versículo 6, es identificado en el versículo 7 como nuestro espíritu: “Don de Dios que está en ti ... nos ha dado Dios espíritu ... de poder, de amor y de cordura”. Por tanto, el don de Dios es nuestro espíritu, el cual nos fue dado por Dios. Debemos ejercitar dicho espíritu. Además de nuestro espíritu, también tenemos la sana enseñanza de la economía de Dios. Para ser vacunadores, es decir, para vacunar a otros contra la decadencia de la iglesia, tenemos que

ejercitar nuestro espíritu y orar pidiendo que el Señor tenga misericordia de nosotros y nos guarde en la sana enseñanza de la economía de Dios por el resto de nuestros días.

En este mensaje llegamos a otro maravilloso cristal de gran importancia: un hombre de Dios, que tiene el aliento de Dios. Este cristal es el objeto del deseo del corazón de Dios. La meta de Dios es obtener un hombre de Dios que tenga el aliento de Dios. El hermano Lee nos mostró esto en *Elder's Training, Book 6: The Crucial Points of the Truth in Paul's Epistles* [Adiestramiento para ancianos, libro 6: Los aspectos cruciales de la verdad presentados en las epístolas de Pablo], bajo el capítulo titulado “Los aspectos cruciales de la verdad presentados en 1 y 2 Timoteo, Tito y Filemón”. No sólo tenemos un espíritu dado por Dios y la sana enseñanza de la economía de Dios con la visión de la era y el ministerio de la era, sino que también tenemos el aliento de Dios. El aliento de Dios —la Escritura dada por el aliento de Dios— es el antídoto contenido en la vacuna divina. La palabra de Dios es el elemento divino que, al operar en nuestro ser, es capaz de contrarrestar todo elemento venenoso que se halle en nosotros, seres caídos. Toda la Escritura es dada por el aliento de Dios, y esta Escritura, el aliento de Dios, constituye el antídoto contenido en la vacuna divina.

Es mi oración que, por medio de este mensaje, el Señor pueda causar una profunda impresión en todos nosotros. Mi expectativa es que después de profundizar en este mensaje al leerlo y estudiarlo, así como al disfrutarlo en la porción respectiva de *La palabra santa para el avivamiento matutino*, se produzca en todos nosotros una aspiración permanente por llegar a ser, corporativamente, un hombre de Dios lleno del *pneuma* de Dios.

EL PROPÓSITO SUPREMO DE DIOS ES OBTENER UN DIOS-HOMBRE CORPORATIVO QUE LE MANIFIESTE DE MANERA CORPORATIVA; DIOS NO DESEA OBTENER UN HOMBRE BUENO, SINO UN DIOS-HOMBRE, UN HOMBRE DE DIOS, QUE TIENE EL ALIENTO DE DIOS

El propósito supremo de Dios es obtener un Dios-hombre corporativo que le manifieste de manera corporativa; Dios no desea obtener un hombre bueno, sino un Dios-hombre, un hombre de Dios, que tiene el aliento de Dios (Jn. 1:1, 14; 1 Ti. 3:15-16; 2 Ti. 3:16-17). Antes de que Adán cayera, en él no había pecado. Él no sólo era un hombre bueno, sino que era un hombre muy bueno. Al final de la creación de Dios, Él

vio todo lo que había hecho y dijo que ello: “Era bueno en gran manera” (Gn. 1:31). Este versículo nos muestra que, a juicio de Dios, Adán era bueno en gran manera. Sin embargo, incluso Adán, en quien no había pecado, precisaba ser regenerado. No bastaba con que él fuese bueno, pues era necesario que Dios mismo se añadiera a él. Con este fin Dios puso a este hombre bueno frente al árbol de la vida. Dios deseaba que el hombre comiera del árbol de la vida. Esto nos indica que era el deseo de Dios que el hombre ingiriese a Dios mismo. Dios deseaba impartirse como vida a Adán de tal manera que Dios mismo fuese el contenido intrínseco de Adán y que Adán fuese lleno de Él hasta rebosar y llegar a expresar a Dios en calidad de Dios-hombre. Así pues, el propósito supremo de Dios es obtener tal clase de hombre.

Sin embargo, el propósito de Dios no es obtener un Dios-hombre individual, sino un Dios-hombre corporativo. En el Mensaje cuatro vimos que la meta de Dios es obtener la manifestación corporativa de Dios en la carne. Finalmente, la Nueva Jerusalén es el gran Dios-hombre, una persona corporativa. La meta de Dios es la Nueva Jerusalén, a saber, la consumación suprema y eterna de la manifestación de Dios en Su pueblo, el cual está conformado por personas tripartitas que han sido regeneradas, transformadas y glorificadas. Si hemos de lograr este objetivo divino y obtener un Dios-hombre corporativo que sea la manifestación corporativa de Dios, tendremos que considerar seriamente cómo es que nosotros podemos llegar a ser hombres de Dios llenos del aliento de Dios. Ahora veremos que la manera en que logramos ser tales hombres está relacionada con las tres exhalaciones de Dios. Si bien este parece ser un asunto muy sencillo, es de gran profundidad.

“Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente”

Génesis 2:7 dice: “Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente”. La palabra hebrea traducida “aliento” en este versículo es *néshamah*, y esta misma palabra hebrea es la que se tradujo como “espíritu” en Proverbios 20:27, donde dice que: “Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre”. Por tanto, la misma palabra hebrea se usa para *espíritu* y también para *aliento*. Esto indica que el aliento de vida que fue soplado en la nariz del hombre, formó su espíritu humano. Dios

formó al hombre del polvo de la tierra; esto era el cuerpo del hombre. Luego Dios sopló en la nariz del hombre el aliento de vida; esto era el espíritu del hombre. Finalmente, el hombre vino a ser alma viviente; esto completó la creación del hombre en su ser tripartito.

El aliento de vida insuflado en el cuerpo del hombre vino a ser el espíritu del hombre, el espíritu humano

El aliento de vida insuflado en el cuerpo del hombre vino a ser el espíritu del hombre, el espíritu humano (Pr. 20:27). Job 32:8 dice: “Hay un espíritu en el hombre”. Debido a que tenemos un espíritu, podemos dar sustantividad a Dios en nuestro ser. Dios es real para nosotros y podemos “ver” a Dios cuando ejercitamos nuestro espíritu para percibirle. Dios es Espíritu, y podemos adorarle en nuestro espíritu y con nuestro espíritu al ejercitar dicho espíritu para percibir a Dios mismo como Espíritu (Jn. 4:24).

Las tres partes que conforman nuestro espíritu

La conciencia

Sabemos por medio de las Escrituras que nuestro espíritu está compuesto de tres partes. La parte principal de nuestro espíritu es nuestra conciencia. Romanos 9:1 dice: “Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia da testimonio conmigo en el Espíritu Santo”. Romanos 8:16 dice: “El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu”. Si comparamos estos dos versículos, veremos que la conciencia es una parte de nuestro espíritu. Si hemos de ser hombres de Dios llenos del aliento de Dios, tenemos que ser personas que ejercitan su espíritu atendiendo a su conciencia. En todo momento debemos atender a nuestra conciencia. En particular, me pesa la carga de que nuestros jóvenes presten la debida atención a su conciencia. En las epístolas que Pablo le escribió a Timoteo, se le dio gran importancia a la conciencia (1 Ti. 1:5, 19; 3:9; 4:2; 2 Ti. 1:3). A fin de ser personas que contrarrestan la decadencia de la iglesia, debemos procurar tener siempre una buena conciencia. En Hechos 24:16 Pablo dice: “Procuró tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres”. Aquí Pablo procuraba, es decir, se ejercitaba por tener una buena conciencia. Al ejercitarse así, él ejercitaba su espíritu. Se requiere un verdadero ejercicio de nuestro espíritu para tener siempre una buena conciencia ante Dios y ante los hombres.

Cuando acudimos al Señor y tenemos comunión con Él, Él resplandece en nuestro ser. A raíz de dicho resplandor y de la infusión que recibimos al contemplarle, llegamos a ver cuál es nuestra verdadera condición. Entonces, a la luz de Su presencia, confesamos nuestros pecados, y Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y lavarnos con Su sangre (1 Jn. 1:7, 9). Esto hace que tengamos una conciencia transparente delante de Dios. Cuando nuestra conciencia está en dicha condición, entonces el resplandor del Señor en nuestro espíritu, al pasar a través de nuestra conciencia limpia, puede iluminar todas las partes de nuestra alma. Así pues, tener una conciencia limpia está directamente relacionado con la impartición de Dios a nuestro ser.

Aunque las epístolas de Pablo a Timoteo recalcan cuán crucial es tener una conciencia pura, queremos más que una conciencia pura; deseamos ser puros de corazón (Mt. 5:8). Ser puros de corazón equivale a tener una sola meta. Nuestra meta es Cristo mismo y el cumplimiento de la perfecta voluntad de Dios, la cual consiste en que Él haga de nosotros Su manifestación corporativa en este universo para gloria Suya.

La comunión

Otra de las funciones que cumple nuestro espíritu es la de tener comunión con Dios (Jn. 4:24; Fil. 2:1). Tenemos que atender a nuestro espíritu todos los días al ejercitarlo para mantener una comunión ininterrumpida con el Dios Triuno, una comunión que es íntima e intrínseca. Al despertar cada mañana, lo primero de lo cual debemos percatarnos es que tenemos que atender a nuestro espíritu. Cada mañana debemos decir: “Ésta es mi oportunidad para tener comunión con el Señor y tener contacto con Él en mi espíritu”. Así como jamás debiéramos salir de casa sin lavarnos los dientes, jamás debiéramos hacer nada sin antes haber atendido a nuestro espíritu. Cuanto más tenemos comunión con el Señor y conversamos con Él mediante el ejercicio de nuestro espíritu al orar, invocar Su nombre y orar-leer Su palabra, más le disfrutaremos, más seremos infundidos de Él y recibiremos más de Su resplandor. Entonces la preciosa sangre de Cristo limpiará la “ventana” de nuestra conciencia para que el Señor, desde nuestro espíritu, pueda iluminar nuestra mente, voluntad y parte emotiva y pueda impartir la vida divina a todas las partes de nuestro ser (1 Jn. 1:7, 9).

La intuición

Cuanto más comunión tengamos con Él, más claramente se manifestará la tercera función que cumple nuestro espíritu: la intuición. Según Marcos 2:8 y 1 Corintios 2:11, nuestra intuición nos permite percibir y conocer directamente a Dios; esto va más allá de la esfera que corresponde a la lógica. Podemos percibir y conocer directamente a Dios debido a esta función de nuestro espíritu, a saber, la intuición. En el Cantar de los cantares se nos da a entender que aquella que busca al Señor, en virtud del crecimiento de la vida divina en ella, ha desarrollado una nariz que es como la torre del Líbano (7:4). En términos espirituales, nuestra “nariz” debe ser como la torre del Líbano. Esto significa que, en términos espirituales, debemos poseer una aguda “sensibilidad olfativa”, un agudo “sentido del olfato”. El sentido del olfato está estrechamente relacionado con el sentido del gusto. Cuando olemos algo que no concuerda con nuestro gusto, no queremos probarlo, ni siquiera queremos tocarlo. Por un lado, cuando gustamos del auténtico ministerio neotestamentario, ello nos causa una grata impresión; por otro, si probamos algo que difiere del auténtico ministerio neotestamentario, ello causará en nosotros una impresión muy negativa. Todos necesitamos desarrollar una aguda y prevaleciente intuición.

Aquellos que sirvieron junto al hermano Lee saben cuán perspicaz podía ser su intuición espiritual. En cierta ocasión, mientras teníamos comunión con él con respecto a cierta situación en particular, él nos dijo que no necesitaba de mayores pruebas para determinar cuál era la verdadera situación que enfrentábamos, pues él podía oler algo. Nosotros no percibíamos nada todavía, pero él pudo percibir que algo no andaba bien, pues pudo intuirlo directamente. Cuanto más ejercitemos nuestro espíritu, más será fortalecida nuestra intuición, nuestro conocimiento directo de Dios.

El aliento de vida insuflado en el hombre no era la vida eterna de Dios ni el Espíritu de Dios; no obstante, debido a que el espíritu humano procedió del aliento de vida de Dios, dicho espíritu es muy parecido al Espíritu de Dios

El aliento de vida insuflado en el hombre no era la vida eterna de Dios ni el Espíritu de Dios; no obstante, debido a que el espíritu humano procedió del aliento de vida de Dios, dicho espíritu es muy

parecido al Espíritu de Dios (cfr. Gn. 2:8-9). Sabemos que el espíritu del hombre no es el Espíritu de Dios debido a que Dios puso al hombre frente al árbol de la vida. Esto nos muestra que Él quería impartirse como el divino Espíritu de vida al espíritu del hombre. Esto, a su vez, nos muestra que el espíritu del hombre aún no había recibido al Espíritu de Dios. El espíritu humano es tan cercano y parecido al Espíritu de Dios a fin de poder ser el receptáculo del Espíritu divino. Nuestro espíritu es maravilloso y misterioso. Por ser personas que han sido regeneradas con el Espíritu de Dios, ahora somos un solo espíritu con el Señor (1 Co. 6:17).

Ahora es posible que se produzca una transmisión entre Dios el Espíritu y el espíritu del hombre, y que el espíritu humano tenga contacto con Dios y sea hecho uno con Él

Por tanto, ahora es factible una transmisión entre Dios el Espíritu y el espíritu del hombre, y que el espíritu humano tenga contacto con Dios y sea hecho uno con Él (Ro. 8:16; 1 Co. 6:17). La economía de Dios es la historia del Dios Triuno peregrino. El destino final del viaje de este Dios Triuno peregrino es el espíritu humano del hombre. El Dios Triuno peregrina desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura; Él dejó la eternidad y se internó en la esfera temporal, en el “puente del tiempo”. Además, Él vino con Su divinidad y se introdujo en la humanidad. El Verbo se hizo carne (Jn. 1:14). El Dios Triuno, corporificado en Cristo, llevó una maravillosa vida humana, murió una muerte todo-inclusiva, resucitó de entre los muertos, entró en una resurrección que todo lo trasciende, y en resurrección, vino a ser el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). Hoy en día, como Espíritu vivificante, Él se imparte a nuestro espíritu. Dejando la eternidad pasada, el Dios Triuno ha peregrinado a través del puente del tiempo hasta llegar a nuestro espíritu. Actualmente, Él aún peregrina en nosotros. Él se está propagando en nosotros corporativamente hasta que llegue el punto en que nuestra alma entera sea transformada por Él y nuestro cuerpo sea glorificado por Él. Entonces seremos totalmente unidos y mezclados con Él e incorporados a Él como la manifestación corporativa de Dios, la cual, durante los últimos mil años en el puente del tiempo, será la novia de Cristo; después, abandonaremos el puente del tiempo y nos internaremos junto con Dios en la eternidad futura,

a fin de ser el gran Dios-hombre, la Nueva Jerusalén. En esto consiste la economía de Dios.

“Sopló en ellos y les dijo: Recibid el *Pneuma* Santo”

*El *Pneuma* Santo es el Espíritu Santo, el Aliento Santo*

Juan 20:22 dice: “Sopló en ellos y les dijo: Recibid el *Pneuma* Santo” (lit.). El *Pneuma* Santo es el Espíritu Santo, el Aliento Santo. Cuatro mil años después que Dios insufló el espíritu humano en el hombre, se nos habla de una segunda exhalación. En resurrección, el Señor se infundió en Sus discípulos al soplar en ellos. Que Dios mismo como el *Pneuma* Santo hubiese sido infundido en los discípulos al soplar en ellos, ciertamente es un evento de gran importancia. Al crear al hombre, Dios sopló en su nariz el aliento de vida haciendo del hombre Su receptáculo, o sea, el destino final de Su travesía. Después, habiendo pasado por un proceso, el Dios Triuno alcanzó Su consumación y, como el *Pneuma* Santo, llegó a ser el Dios Triuno procesado y consumado. Finalmente, en Su condición de *Pneuma* Santo, sopló en Sus discípulos infundiéndose en ellos.

En el Evangelio de Juan encontramos tres palabras maravillosas:

el Verbo, la carne y el aliento; el Verbo es Dios,

la carne es el hombre y el aliento es el Espíritu

En el Evangelio de Juan encontramos tres palabras maravillosas: el *Verbo*, la *carne* y el *aliento*; el Verbo es Dios, la carne es el hombre y el aliento es el Espíritu (1:1, 14; 20:22). El Espíritu como aliento es el Dios Triuno procesado y consumado. Actualmente tenemos el Verbo eterno como Verbo viviente, el cual llegó a ser el Verbo encarnado, quien es insuflado en nosotros para ser la palabra que se aplica a todo nuestro ser.

El Verbo se hizo carne para efectuar la redención jurídica

y luego resucitó para llegar a ser el Aliento Santo

que mora en nosotros y que nos brinda el suministro

a fin de que se lleve a cabo nuestra salvación orgánica

El Verbo se hizo carne para efectuar la redención jurídica y luego resucitó para llegar a ser el Aliento Santo que mora en nosotros y que nos brinda el suministro a fin de que se lleve a cabo nuestra salvación orgánica (1:14, 29; 1 Co. 15:45; Ro. 5:10; 10:12-13; cfr. Lm. 3:55-56).

Hemos visto que nuestro espíritu es el *néshamah* de vida, el aliento de vida. Ahora examinemos qué es el Aliento Santo. Este Aliento Santo es el mismo Dios Triuno. Actualmente, el Aliento Santo está mezclado con el *néshamah* en nosotros.

El deseo de Dios es que seamos personas “*pneumáticas*”. En el Mensaje cinco tuvimos comunión con respecto a avivar el fuego de nuestro espíritu. Tenemos que avivar el fuego de nuestro espíritu. Tenemos un fuego en nosotros. Las cocinas de gas no siempre tienen el fuego ardiendo externamente, pero tienen una “llama piloto” que está ardiendo por dentro. Independientemente de cómo nos sentimos, hay una llama de fuego que está encendida en nuestro interior. La mejor manera de avivar algún fuego es permitir la entrada de una corriente de aire. A veces, por ejemplo, se usa un fuelle para avivar el fuego. Lo primero que debemos hacer al tener contacto con el Señor en la mañana y durante el día, es abrir todo nuestro ser a Él y orar: “Señor, quiero estar absolutamente abierto a Ti. Mantenme abierto a Ti, Señor”. Cuando abrimos nuestro ser al Señor orando de esta manera, permitimos que la corriente del Aliento Santo entre en nuestro ser y avive nuestro fuego.

Avivamos nuestro espíritu a fin de que se lleve a cabo nuestra salvación orgánica. Si hemos de resistir la decadencia de la iglesia, tenemos que inhalar al Señor todos los días. La mejor manera de inhalarlo es invocar Su nombre. Vemos esto en el libro de Lamentaciones. El autor de este libro, Jeremías, padeció muchos sufrimientos. A veces los sufrimientos en nuestra vida diaria son tantos, que el título de nuestra biografía podría ser *Lamentaciones*. En medio de tantas lamentaciones, necesitamos seguir el ejemplo de Jeremías. Jeremías dijo que cuando él estaba en la fosa más profunda, invocó el nombre de Jehová (3:55). Luego dijo: “No escondas / Tu oído a mis suspiros, a mi clamor” (v. 56). Estos versículos indican que, en el caso de Jeremías, su respiración consistía en invocar al Señor. Tenemos que llegar a ser personas que invocan al Señor continuamente.

“Toda la Escritura es dada por el aliento de Dios”

En 2 Timoteo 3:16a dice: “Toda la Escritura es dada por el aliento de Dios”. La Escritura, la palabra de Dios, es la exhalación de Dios. Las palabras pronunciadas por Dios son Su exhalación; por tanto, Su palabra es espíritu, o aliento (Jn. 6:63). Ésta es la tercera exhalación. La primera exhalación impartida al hombre produjo nuestro espíritu humano; la segunda, nos impartió al Espíritu Santo; la tercera, es la Palabra de

Dios. Así pues, hoy en día estas tres exhalaciones de Dios están a nuestra disposición.

Todo esto nos revela que ser un hombre de Dios que tiene el aliento de Dios requiere que ejercitemos nuestro espíritu, que continuamente recibamos el Espíritu y que inhalemos la palabra de Dios

Todo esto nos revela que ser un hombre de Dios que tiene el aliento de Dios requiere que ejercitemos nuestro espíritu, que continuamente recibamos el Espíritu y que inhalemos la palabra de Dios (1 Ti. 4:7; Gá. 3:2; Ef. 6:17-18a). Es algo muy significativo orar de forma simple: “Señor, mantén mi ser abierto a Ti todo el día. Hoy quiero ser un vaso abierto a Ti, recibéndote continuamente todo el día”. El hermano Lee nos dijo que lo más importante en la vida cristiana es recibir continuamente el Espíritu.

**EL ANTÍDOTO CONTENIDO EN LA VACUNA DIVINA,
QUE CONTRARRESTA LA DECADENCIA DE LA IGLESIA,
ES LA ESCRITURA DADA POR EL ALIENTO DE DIOS,
LA CUAL ES ÚTIL PARA ENSEÑAR, PARA REDARGÜIR,
PARA CORREGIR, PARA INSTRUIR EN JUSTICIA,
A FIN DE QUE EL HOMBRE DE DIOS SEA CABAL,
ENTERAMENTE EQUIPADO PARA TODA BUENA OBRA**

El antídoto contenido en la vacuna divina, que contrarresta la decadencia de la iglesia, es la Escritura dada por el aliento de Dios, la cual es útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea cabal, enteramente equipado para toda buena obra (2 Ti. 3:14-17). Muchos expositores bíblicos, tanto en seminarios como en otros círculos cristianos, al leer este versículo se concentran principalmente en que la Escritura es útil para enseñar, para redargüir y para corregir; pero muy pocos se concentran en la primera parte: “Toda la Escritura es dada por el aliento de Dios”. Si bien todo el versículo reviste gran importancia, la clave para entenderlo es darse cuenta de qué es la Escritura y cómo debemos recibirla. Si hemos de llegar a ser la manifestación corporativa de Dios en la carne y ser llenos del aliento de Dios, es imprescindible que comprendamos que la Escritura es el propio aliento de Dios y que aprendamos la manera de recibirlo. La principal manera en que recibimos tal aliento no es por medio del estudio meramente, aunque

ciertamente tenemos que estudiar la Biblia, sino por medio de orar-leer las Escrituras.

**La Biblia es el aliento de Dios,
este aliento es el Espíritu y el Espíritu da vida**

La Biblia es el aliento de Dios, este aliento es el Espíritu y el Espíritu da vida. En Juan 6:63 el Señor dijo: “El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida”. En este versículo, el Espíritu es el *pneuma*.

***Cada vez que leemos la Biblia debemos inhalar a Dios
para recibir vida, y cada vez que enseñamos
debemos exhalar a Dios para impartir vida a otros***

Cada vez que leemos la Biblia debemos inhalar a Dios para recibir vida, y cada vez que enseñamos debemos exhalar a Dios para impartir vida a otros (Hch. 6:4). Cuando leemos la Biblia o el ministerio de la era, el cual nos da acceso a la Biblia, debemos recibir tales palabras inhalándolas.

Así como nuestra lectura de la Biblia debe consistir en inhalar a Dios mismo a fin de recibir vida, nuestra enseñanza de la Biblia tiene que consistir en exhalar a Dios para impartir vida a los demás. Nuestra vida cristiana debe consistir en inhalar y exhalar a Dios. Dios mismo es la vacuna en contra de la decadencia de la iglesia; por tanto, tenemos que inhalarlo todos los días. Una vez que le inhalamos, tenemos que asistir a los demás exhalando a Dios para impartirlo en ellos. Al respecto, los primeros apóstoles son un ejemplo para nosotros. En Hechos 6:4 dice: “Nosotros perseveraremos en la oración y en el ministerio de la palabra”.

Tenemos que permanecer en la palabra todos los días. Jamás deberíamos “darnos vacaciones” y poner a un lado la Biblia. Tomar tales “vacaciones” sería como si tomásemos unas vacaciones para dejar de respirar. Tenemos que estar inmersos en la Biblia todos los días, leyéndola y leyendo las publicaciones del ministerio. Tenemos que hacer esto con un espíritu de oración y en una atmósfera de oración. Como creyentes, debemos orar la Biblia.

El hermano Lee dio muchos mensajes sobre el profetizar. Al laborar junto a él, llegué a conocer mucho de lo que él dijo al respecto. Cierta día, después de una reunión de la iglesia en Anaheim, el hermano Lee me dijo algo muy particular que jamás olvidaré. Él me dijo: “Para

profetizar es necesario haber orado mucho”. Entre nosotros muchas veces se ha hablado sobre el “O.E.R.P.”, que son las siglas que usamos para referirnos a la práctica de orar-leer, estudiar, recitar y profetizar. Con frecuencia, tenemos la tendencia de apresurarnos a terminar con el orar-leer a fin de dedicarnos a estudiar, recitar y profetizar. Sin embargo, el componente más crítico del “O.E.R.P” es el orar-leer. Si verdaderamente oramos cierto versículo, conversamos con el Señor valiéndonos de la Biblia para ello y recibimos Su palabra con toda oración, ella se convertirá en parte de nuestra constitución intrínseca. Ella penetrará en nuestra mente, renovándola a la vez. Podemos ver esto en nuestra experiencia. Cuando disfrutamos la palabra orándola y el Señor nos habla, entonces la palabra constante se convertirá en nuestro ser, en la palabra para el momento. Esa palabra para el momento, al ser recibida por nosotros, llegará a ser parte de nuestra constitución intrínseca. Cuando oramos la palabra, en realidad inhalamos tal palabra y ella se convierte en el aliento de Dios en nosotros. Entonces, al visitar a las personas o al profetizar, exhalaremos aquello de lo cual estamos constituidos compartiéndolo así a los demás. Entonces, esta palabra viviente habrá de vivificar a tales personas, avivándolas y *pneumatizándolas*.

En Ezequiel 37 se nos muestra cómo la palabra viviente vivifica a las personas. En el primer versículo dice que Ezequiel vio muchos huesos. El segundo versículo dice que estos huesos no solamente estaban secos, sino que estaban muy secos. Después, el Señor le dijo a Ezequiel: “Profetiza sobre estos huesos, y diles: Huesos secos, oíd palabra de Jehová” (v. 4). Así pues, cuando Ezequiel profetizó dirigiéndose a estos huesos, ellos se juntaron y fueron cubiertos de carne (vs. 7-8). Cuando él profetizó nuevamente, el aliento de vida entró en ellos y se convirtieron en un ejército grande en extremo (v. 10). Es menester que nuestra vida de iglesia sea una en la cual nosotros, como hombres de Dios, exhalamos la palabra de Dios como aliento de Dios al impartirla a los santos para vivificarlos, para hacerlos vivientes.

Debemos leer la Biblia con toda oración y petición en el espíritu a fin de inhalar a Dios y debemos ministrar la palabra como Espíritu a fin de exhalar a Dios e infundirlo en otros

Debemos leer la Biblia con toda oración y petición en el espíritu a fin de inhalar a Dios y debemos ministrar la palabra como Espíritu a fin de exhalar a Dios e infundirlo en otros (Ef. 6:17-18a; Hch. 6:10;

2 Co. 3:6). Todos los días tenemos que inhalar a Dios y exhalarlo al impartirlo a otros. Es muy significativo que la Biblia pueda convertirse en nuestro libro de oraciones y que podamos ingerir la palabra de Dios y orarla dirigiéndonos al Señor. Podemos tomar un versículo como 2 Timoteo 3:16 y decir: “Toda la Escritura es dada por el aliento de Dios. Señor, gracias por toda la Escritura. Te damos gracias por que toda la Escritura es dada por el aliento de Dios. Señor, quiero inhalar la Escritura el día de hoy”. Lo que necesitamos hacer es usar la Palabra para conversar con el Señor. A medida que inhalamos la palabra de este modo, la palabra que hemos inhalado se convertirá en parte de nuestra constitución intrínseca. Entonces podremos ministrar tal palabra a otros, la misma palabra que hemos recibido en nuestro ser.

En Efesios 6:17-18a dice: “Recibid el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, el cual es la palabra de Dios; con toda oración y petición”. Así pues, recibimos el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, el cual es la palabra de Dios, por medio de toda clase de oración y petición. Recibir la espada del Espíritu equivale, pues, a inhalar a Dios. Después que inhalamos a Dios, podemos exhalarlo compartiéndolo en los demás.

En Hechos 6:10 se nos habla de Esteban y se nos dice que los judíos “no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba”. Nosotros tenemos que seguir el ejemplo de Esteban y ser tal clase de persona.

Desde la perspectiva divina, la Biblia es la exhalación de Dios; desde nuestra perspectiva, la Biblia es el medio por el cual recibimos el aliento de Dios, lo cual nos es útil en cuatro aspectos: nos enseña, nos redarguye, nos corrige y nos instruye en justicia

Desde la perspectiva divina, la Biblia es la exhalación de Dios; desde nuestra perspectiva, la Biblia es el medio por el cual recibimos el aliento de Dios, lo cual nos es útil en cuatro aspectos: nos enseña, nos redarguye, nos corrige y nos instruye en justicia. El hermano Lee compartió acerca de este tema en un adiestramiento para maestros, un entrenamiento impartido a quienes estaban encargados de la Escuela de la Verdad para los jóvenes. En aquel tiempo, cuando él reunió a los santos me parece que muchos se hallaban todavía inmersos en la esfera del mero conocimiento. Al dar esos mensajes, el hermano Lee nos dijo que para enseñar a los jóvenes tenemos que ser aquellos que inhalan a

Dios. Las Escrituras son el aliento de Dios, así que tenemos que inhalar a Dios orando la palabra, y después tenemos que exhalar a Dios, impartiendo en los jóvenes al hablarles aquella palabra que hemos inhalado mediante nuestra oración. Siempre que ministremos a los jóvenes, tenemos que hacer esto. (*Adiestramiento para maestros*, págs. 8-9)

Es fácil dar un mensaje a los que participan del Entrenamiento de tiempo completo, debido a que todos ellos ejercitan su espíritu; pero compartir con los jóvenes de séptimo y octavo grado realmente requiere que seamos vencedores. En cierta ocasión, cuando tuve que dar unos mensajes en una conferencia para jóvenes de séptimo y octavo grado, en Texas, al enfrentarme a tal auditorio tuve la sensación de que “ninguno se puso de mi parte” (cfr. 2 Ti. 4:16). Al dirigirnos a los jóvenes, es necesario estar imbuidos de un gran sentido de urgencia. Recuerdo que después de compartir con ellos, me sentía completamente exhausto, pues tuve que ejercitar mucho mi espíritu. Tenemos que acudir a la palabra imbuidos de un gran sentido de urgencia. Tenemos que sentir tal apremio si hemos de cuidar debidamente a otros, de tal manera que clamemos al Señor para poder convertir la palabra *logos* —la palabra constante, inalterable— en la palabra para el momento, a fin de que tengamos algo que exhalar para impartirlo a otros.

*La enseñanza es equivalente a la revelación;
enseñar consiste en descorrer
el velo para que la gente
pueda ver algo del Dios Triuno y Su economía*

La enseñanza es equivalente a la revelación; enseñar consiste en descorrer el velo para que la gente pueda ver algo del Dios Triuno y Su economía (Ef. 1:17; 3:9). Cuando acudamos a la Palabra, siempre debemos orar primero: “Padre, concédeme un espíritu de sabiduría y de revelación. Quita los velos de mis ojos, de tal manera que pueda obtener el pleno conocimiento de Cristo. Señor, quiero verte a Ti en Tu palabra”. Únicamente podemos hablar de aquello que hemos visto. Sólo si hemos visto algo de Cristo en Su palabra podremos salir a hablarles a las personas aquello que hemos visto. Por supuesto, también necesitamos orar: “Señor, dame las palabras apropiadas para comunicar lo que Tú me has mostrado en la Palabra con respecto a Tu economía y con respecto a Tu propia persona”.

Enseñar es, pues, exhalar para impartir a otros aquello que hemos

inhalado de Dios en Su palabra. Sólo esto puede impartir revelación a los demás. En esto consiste el verdadero profetizar. Profetizar es impartir a otros la revelación divina, y eso es lo que debemos hacer al hablar.

*La revelación que hemos visto nos redarguye;
cada vez que vemos algo de Dios,
nos percatamos de nuestros errores,
malas obras, defectos y pecados y, como resultado,
somos redargüidos y reprendidos; cuanto más veamos a Dios,
cuanto más le conozcamos
y le amemos, más nos aborreceremos
y negaremos a nosotros mismos*

La revelación que hemos visto nos redarguye; cada vez que vemos algo de Dios, nos percatamos de nuestros errores, malas obras, defectos y pecados y, como resultado, somos redargüidos y reprendidos; cuanto más veamos a Dios, cuanto más le conozcamos y le amemos, más nos aborreceremos y negaremos a nosotros mismos (cfr. Is. 6:1-8; Job 42:5-6; Mt. 16:24). Todos los días, al acudir a la palabra para tener contacto con el Señor, al orar con respecto a lo que la palabra nos dice, al ingerir la palabra por medio de toda clase de oración, al volver nuestro corazón al Señor a fin de que los velos nos sean quitados y al contemplar al Señor en la Palabra, Él se infunde en nuestro ser y nosotros le inhalamos. Al inhalarle, vemos algo de Él, y en cuanto vemos algo de lo que Él es, vemos quiénes somos nosotros. Entonces la luz resplandece en nuestro ser. Cuanto más le vemos, más le amamos. Ésta es la razón por la cual queremos ver más de Él cada día. Cuanto más le vemos, más le amamos; y cuanto más le amamos, más le conocemos. Al mismo tiempo, cuanto más le amamos y más le vemos, más nos aborrecemos a nosotros mismos y más somos redargüidos de nuestros pecados.

Isaías 6 nos muestra esto. Isaías dice: “Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime” (v. 1). En cuanto él vio al Señor, se percató de su propia condición y dijo: “¡Ay de mí que soy muerto!; / Porque siendo hombre inmundo de labios, / Y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos...” (v. 5). Pero entonces un serafín, trayendo en su mano un carbón encendido que había tomado del altar, tocó con él su boca diciéndole: “Es quitada tu culpa, y limpio tu pecado” (v. 7). Isaías vio al Señor y vio su propia pecaminosidad, y entonces fue limpio de su pecado al aplicar a su ser la redención de Cristo. Esto es resultado de confesar nuestros pecados. De inmediato,

Isaías fue lleno de Dios y recibió el llamado de Dios. Todo esto fue resultado de que él vio a Dios, fue redargüido y fue limpio. En el versículo 8, el Señor lo llama diciéndole: “¿A quién enviaré, y quién irá por Nosotros?” (Aquí el intercambio del pronombre tácito “Yo” por el pronombre “Nosotros”, denota al Dios Triuno). Entonces, Isaías respondió: “Heme aquí, envíame a mí”. Isaías fue enviado como consecuencia de haber visto al Señor, de haber sido redargüido de sus pecados y de haber sido limpiado de sus pecados mediante la aplicación a su ser de la redención efectuada por Cristo. Fue en virtud de tal proceso que él fue lleno de Dios, él inhaló a Dios mismo y, como resultado de ello, pudo ser enviado. Dios pudo enviar a Isaías con la comisión de que exhalara a Dios impartiéndolo a todos los hombres de la tierra.

Job tuvo una experiencia similar. En Job 42:5 él dijo: “De oídas te había oído; / Mas ahora mis ojos te ven”. Ciertamente necesitamos la terminología divina, pero queremos ver a Dios como la realidad de tal terminología. Queremos verle todos los días. Cuando Job vio a Dios, él dijo: “Por tanto me aborrezco” (v. 6). Cuanto más vemos a Dios, más nos aborrecemos a nosotros mismos y más nos negamos a nosotros mismos.

*Después de ser redargüidos somos corregidos;
corregir significa rectificar lo incorrecto,
hacer que alguien retorne al camino correcto
y restaurarle a una condición recta*

Después de ser redargüidos somos corregidos; corregir significa rectificar lo incorrecto, hacer que alguien retorne al camino correcto y restaurarle a una condición recta (cfr. Mt. 7:13-14; Jac. 5:19-20). Por medio del mensaje yo, personalmente, recibí revelación y fui redargüido. Esto hizo que orara: “Oh Señor, sálvame de pertenecer a aquella categoría de personas que se apartan del ministerio. Manténme fiel a Tu ministerio por el resto de mis días”. Después de haber sido redargüidos, somos corregidos. Aquello que estaba errado en nosotros es corregido y somos restaurados a una condición de rectitud.

El universo entero se encuentra sumido en el más absoluto caos, está “patas arriba”, pero el Señor desea hacerse cargo de este universo y restaurarlo al debido orden. Cuando ustedes se despiertan por la mañana, todo vuestro ser está sumido en el caos, pero cuando

profundizan en la palabra e inhalan a Dios, son restaurados al orden apropiado.

Recientemente concluimos una serie de mensajes en los cuales tuvimos la oportunidad de considerar el libro de Malaquías, y me causó una profunda impresión un pasaje que se encuentra en Malaquías 2:6-8. En estos versículos se nos habla de Leví en su condición de sacerdote. En calidad de creyentes neotestamentarios, todos nosotros somos sacerdotes, y aquí el Señor nos habla con respecto a un sacerdote representativo. Con respecto a este sacerdote, Dios nos dice en este pasaje que la verdad estaba en su boca (v. 6). ¡La verdad tiene que estar en nuestra boca! Esto quiere decir que la luz divina resplandece en nuestro ser a fin de transmitirnos la revelación celestial del Dios Triuno y de Su economía. Cuando inhalamos a Dios, la verdad se halla en nuestros labios. Según el versículo 6, cuando exhalamos a Dios impartiéndolo como la verdad a las personas, hacemos que ellas se aparten de su iniquidad. El versículo 7 dice: “Porque los labios del sacerdote han de guardar el conocimiento, y de su boca los hombres han de buscar la instrucción; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos”. Nosotros debemos ser esta clase de persona. Las personas deben recibir las instrucciones divinas de parte de nosotros, a saber, la instrucción intrínseca que se produce en el ser de las personas cuando exhalamos a Dios para impartirlo en ellas de tal manera que su propio ser sea rectificado; no me refiero a aconsejarles en función del bien y el mal, ni a decirles que deben decir sí a esto pero no a aquello, ni mucho menos a decirles dónde deben ir o no ir. Sin embargo, en el versículo 8 dice que los sacerdotes se habían degradado. En lugar de corregir a las personas y conducirlos por el camino de la economía de Dios, ellos hicieron que ellas tropezaran. Si enseñamos algo diferente a la economía de Dios, esto es lo que haremos. En lugar de hacer esto, debemos ser personas que estén llenas de tal corrección intrínseca.

*Instruir en justicia significa
ser divinamente instruido a fin de disfrutar a Cristo
como la justicia que se exhibe en nuestra conducta
y también significa ser divinamente disciplinado
a fin de tener paz con Dios y con los hombres*

Instruir en justicia significa ser divinamente instruido a fin de disfrutar a Cristo como la justicia que se exhibe en nuestra conducta y también significa ser divinamente disciplinado a fin de tener paz con

Dios y con los hombres (Fil. 3:9). Al acudir a la palabra todos los días, debemos ejercitar nuestro espíritu para orar-leer la palabra, no como un formulismo o un ritual, sino para verdaderamente orar con respecto a la palabra. Al orar al Señor con Su palabra, inhalamos a Dios, quien está en dicha palabra. Entonces se llevan a cabo todas estas cosas: vemos a Dios, somos redargüidos, somos corregidos en lo profundo de nuestro ser y somos instruidos en justicia.

Tenemos que darnos cuenta de que podemos estar mal con Dios. Algunas veces, nos puede parecer que estamos en paz con Dios, pero en realidad hay un conflicto entre nosotros y Dios, entre nosotros y la iglesia, o entre nosotros y algún santo. Quizás no estemos en paz con Dios en lo que respecta a nuestro dinero. Tal vez gastemos nuestro dinero de manera errónea. Tenemos que darnos cuenta de que todo pertenece a Dios, que todo debe ser puesto en el altar y que tenemos que consagrar hasta el último centavo al Señor por causa de Su economía. Es necesario que estemos en paz con Dios respecto a la manera en que usamos nuestro dinero. Recientemente en mi familia enfrentamos la necesidad de reemplazar nuestro automóvil. Yo oré diciendo: “Señor, me parece que es tiempo de comprar otro automóvil. Señor, ¿qué clase de auto quieres que compremos? ¿Qué debemos hacer?”. Yo realmente consulté al Señor con respecto a este asunto. Uno de mis hijos sugirió que compráramos cierto automóvil muy lujoso, pero le dije: “Hijo, no tengo paz para hacer eso. Podría mejor dar más dinero para el avance de los intereses del Señor. ¿Para qué necesito un auto tan lujoso?”. No estoy diciendo que no debemos tener vehículos apropiados, ni estoy tratando de sugerir qué clase de vehículos debemos adquirir. No estoy en esa esfera. Lo que quiero decirles es que en todo cuanto hagamos, debemos tener paz con Dios. Si profundizamos en la palabra y la inhalamos, seremos iluminados en muchas áreas de nuestra vida. Tenemos que considerar nuestra vestimenta, la manera en que nos vestimos, y si alguna vez hemos consagrado nuestra ropa al Señor. A las hermanas jóvenes quisiera preguntarles: ¿Cómo es que ustedes se visten? No tenemos un código establecido que nos diga cómo debemos vestirnos, pero simplemente debemos consagrar al Señor nuestra manera de vestir, a fin de vestirnos regidos por Él. Entonces tendremos paz con Dios con respecto a nuestra manera de vestir.

El Señor quiere medirnos. Éste es el significado intrínseco que encierra el capítulo 47 de Ezequiel, en el que se nos habla de cómo aumenta el nivel de las aguas. Al comienzo, las aguas apenas cubren

nuestros tobillos; después, llegan hasta nuestras rodillas; después, llegan hasta nuestra cintura; y finalmente hay una corriente de agua en la que podemos nadar, lo cual tipifica el hecho de que habremos de terminar nadando en Dios. Pero, ¿cómo es que aumenta el nivel de la vida divina en nosotros? El nivel de vida aumenta a medida que somos medidos por Dios. Ello quiere decir que Él debe examinarnos, escudriñarnos y probarnos, tal como Él lo hizo con Isaías hasta llegar al punto en que Isaías tuvo que exclamar: “Soy hombre inmundo de labios”. Él se dio cuenta de que sus labios habían sido medidos; pero en cuanto sus labios fueron medidos, el agua de vida pudo fluir dentro de su boca.

El hermano Nee dijo en cierta ocasión que si nosotros permitiéramos que el Señor midiese aun la manera en que nos vestimos, incluso nuestro modo de vestir refrescaría a los hermanos y hermanas. Quienes participan del Entrenamiento de tiempo completo deben vestir conforme a un código establecido; sus uniformes son todos del mismo color. Pero, ¿qué harán después que dejen el entrenamiento? Cuando alguno se enlista en el ejército, debe cortarse el cabello y vestir uniforme, pero al dejar el ejército, vuelve a vestir a su antojo y nada ha cambiado en él. Así pues, no tiene valor ni significado alguno simplemente cumplir con un rito o formulismo externo. Tenemos que ser instruidos internamente en justicia, incluso en cuanto a nuestro porte exterior. El hermano Lee nos adiestró en estas cosas.

Recientemente, un hermano compartió con todos nosotros que después de una conversación con su esposa, él tuvo que pedir perdón al Señor. Debido a que él se encontraba en comunión con el Señor, fue regulado internamente. Esto no es algo que podamos realizar de una vez por todas. El matrimonio hace que seamos regulados y corregidos de manera intensificada. Somos instruidos a fin de que tengamos paz con nuestro cónyuge. Éste es un asunto interno, el cual es fruto de haber inhalado a Dios en la Palabra.

**El resultado de que Dios se exhale a Sí mismo
por medio de la Escritura para enseñarnos,
redargüirnos, corregirnos e instruirnos en justicia,
es que el hombre de Dios sea cabal,
enteramente equipado para toda buena obra**

El resultado de que Dios se exhale a Sí mismo por medio de la Escritura para enseñarnos, redargüirnos, corregirnos e instruirnos en

justicia, es que el hombre de Dios sea cabal, enteramente equipado para toda buena obra (2 Ti. 3:17). Un hombre de Dios es un Dios-hombre, alguien que es partícipe de la vida y naturaleza de Dios (Jn. 1:12-13; 2 P. 1:4) y, por ende, es uno con Dios en Su vida y naturaleza (1 Co. 6:17) y así le expresa. La exhalación de Dios produce Dios-hombres; debemos inhalar al Dios Triuno continuamente leyendo las Escrituras con oración, a fin de recibir revelación y ser redargüidos, corregidos e instruidos en justicia.

El hermano Lee una vez nos dijo que nuestra utilidad para el Señor estaba determinada por cuánto de la verdad había llegado a formar parte de nuestra constitución intrínseca. La verdad no es lo mismo que la doctrina. En un mensaje anterior se nos hizo notar que la vida y la verdad son inseparables. La verdad es el resplandor de la luz divina en nuestro ser, y esa luz es la luz de la vida (Jn. 1:4). No es posible ser partícipes de la vida divina sin ser partícipes de la verdad, y no es posible ser partícipes de la verdad sin ser partícipes de la vida; ello se debe a que la verdad es el resplandor de la luz, y la luz es la luz de la vida. Queremos llegar a ser personas enteramente equipadas, cabalmente preparadas.

*Principios prácticos
con respecto a acudir a la palabra*

Ahora, quisiera tratar algunos asuntos prácticos que habrán de ayudarnos al acudir a la palabra de Dios cada día a fin de inhalar al Señor y verdaderamente ser llenos del aliento de Dios. Al acudir al Señor, especialmente durante nuestro tiempo a solas con Él en la mañana, debemos observar algunos principios. Estos simplemente son algunos principios y no son normas. Todos debemos cultivar y desarrollar el hábito de pasar un tiempo a solas con el Señor todos los días. El mejor tiempo para ello es en las mañanas.

Abrir todo nuestro ser al Señor

Lo primero que debemos hacer cuando acudimos a la Palabra es abrir todo nuestro ser al Señor. Podemos decir: “Señor, abro todo mi ser a Ti”. Si acudimos a la Biblia simplemente queriendo cumplir con nuestra lectura asignada, ello quiere decir que estamos cerrados; como resultado de ello, obtendremos muy poco beneficio de tal lectura, aunque quizá obtengamos cierta medida de conocimiento. Al acudir a la Palabra debemos hacerlo con absoluta seriedad y ser responsables

delante del Señor. Debemos decirle: “Señor, quiero abrir todo mi ser a Ti, quiero abrirme a Ti sin reservas. Quiero estar completamente abierto a Ti”. Eso es lo primero que debemos hacer.

Ejercitarnos de todo corazón

En segundo lugar, tenemos que ejercitarnos de todo corazón cada vez que acudimos a la palabra. Al acudir a la palabra, debemos buscar al Señor con todo nuestro corazón. Todo el salmo 119 nos habla de buscar al Señor en Su palabra. En el versículo 2 el salmista dice: “Bienaventurados los que con todo el corazón le buscan”. Al acudir a la Palabra en la mañana, ¿buscamos al Señor de todo corazón? Tenemos que ejercitarnos de todo corazón a fin de que todo nuestro corazón se vuelva hacia el Señor. Esto no es algo doctrinal. Todos los días debemos orar pidiendo un espíritu de sabiduría y de revelación. Debemos orar: “Padre, fortaléceme en mi hombre interior a fin de que Cristo haga Su hogar en mi corazón”. También podemos orar: “Señor, dame un corazón que te busque. Señor, tráeme hacia Ti. El poder de Tu atracción determinará la intensidad de mi búsqueda” (Cnt. 1:4). Búsquenle de todo corazón.

*Tomar medidas con respecto
a todo aquello que cause separación*

En tercer lugar, debemos tomar medidas con respecto a todo aquello que cause separación entre nosotros y el Señor. Al acudir a la Palabra debemos decir: “Señor, concédeme un cielo despejado en mi relación contigo. No quiero que haya nada que se interponga entre nosotros dos. Si hay algo entre nosotros dos, resplandece en mi ser, pues quiero confesarlo. Anhele un cielo despejado (véase Ezequiel 1:22, nota 1). Deseo una conciencia limpia y transparente. No quiero que haya ninguna nube en mi cielo espiritual. No quiero que haya nada que se interponga entre Tú y yo”.

Humillarnos delante del Señor

En cuarto lugar, cuando acudimos a la palabra, siempre debemos humillarnos delante del Señor. Todos estos principios están en el *Estudio-vida de Éxodo* (mensajes 59-60) con relación a Salmos 119. Al acudir a la palabra, debemos desechar toda confianza en nosotros mismos y toda seguridad propia. Debemos decir: “Señor, quisiera humillarme delante de Ti. Quisiera poder ver algo. Necesito de Tu

misericordia. Quisiera tener contacto contigo hoy. Ten misericordia de mí. Te conozco muy poco”. ¿Cuánto conocemos verdaderamente al Señor? ¿Cuánto de la verdad conocemos? En realidad, cuanto más profundizamos en la palabra y en las publicaciones del ministerio, más nos damos cuenta de cuán poco conocemos al Señor y cuán poco de Él forma parte de nuestra constitución intrínseca. Por tanto, cada día debemos humillarnos delante de Él, habiéndonos percatado de cuánto necesitamos de Su misericordia; necesitamos Su luz. En Isaías 66:1 dice: “Jehová dijo así: El cielo es mi trono, / Y la tierra estrado de mis pies; / ¿Dónde está la casa que me habréis de edificar, / Y dónde el lugar de Mi reposo?”. Después, en el versículo 2 dice: “Pero miraré a aquel...”. ¿Sobre quién fijará Él Su mirada? Todos nosotros queremos ser un hombre de Dios lleno del aliento de Dios, una persona de la cual el Señor depende para la defensa de Sus intereses. El Señor dice aquí: “Pero miraré a aquel que es pobre / Y humilde de espíritu, y que tiembla a Mi palabra”. Aquí la palabra *pobre* significa pobre en espíritu, es decir, desprendido en espíritu, descargado de todo lo viejo, pues queremos recibir algo nuevo y fresco de parte del Señor, algo nuevo de Su impartir. Tener un espíritu contrito y humilde quiere decir tener un espíritu arrepentido. Tenemos que darnos cuenta de que estamos aquí solamente por la misericordia del Señor. No debemos tener un espíritu orgulloso y soberbio, sino un espíritu contrito. Nos damos cuenta de que no somos diferentes de los demás; necesitamos de la misericordia del Señor. Necesitamos tener un espíritu contrito. Debíamos tener un espíritu imbuido del temor de Jehová, lo cual quiere decir que le reverenciamos, le rendimos todo honor y estamos llenos de piadosa admiración y respeto hacia Él. Es nuestro deseo ser personas que tiemblan ante Su palabra, pues recibimos Su palabra con toda seriedad y reverencia.

Ejercitar nuestro espíritu para orar

En quinto lugar, debemos ejercitar nuestro espíritu para orar la palabra de Dios y con respecto a ella. Efesios 6:17-18 dice: “Recibid el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, el cual es la palabra de Dios; con toda oración y petición orando en todo tiempo en el espíritu, y para ello velando con toda perseverancia y petición por todos los santos”. Estoy persuadido de que estos cinco principios habrán de ayudarnos.

**RECIBIR LA PALABRA DE DIOS COMO EL ALIENTO DE DIOS
A FIN DE LLEGAR A ESTAR CONSTITUIDOS DE DIOS,
EQUIVALE TAMBIÉN A RECIBIR LA PALABRA DE DIOS
COMO LA ESPADA DEL ESPÍRITU
A FIN DE DAR MUERTE AL ADVERSARIO DE DIOS**

**Satanás no solamente es el enemigo
que está fuera de nosotros, sino también el adversario
que está dentro de nosotros; para afrontar este adversario,
es preciso que experimentemos el poder aniquilador
de la palabra, orando la palabra constante de la Biblia
para que ésta se convierta en la palabra
que el Espíritu nos habla en un momento dado**

Recibir la palabra de Dios como el aliento de Dios a fin de llegar a estar constituidos de Dios, equivale también a recibir la palabra de Dios como la espada del Espíritu a fin de dar muerte al adversario de Dios (Ef. 6:17-18a). Satanás no solamente es el enemigo que está fuera de nosotros, sino también el adversario que está dentro de nosotros; para enfrentarnos a este adversario, es preciso que experimentemos el poder aniquilador de la palabra, orando la palabra constante, inalterable, de la Biblia para que ésta se convierta en la palabra que el Espíritu nos habla en un momento dado (Jn. 6:63; Ef. 5:26; Ap. 2:7). Cuando oramos la palabra inalterable de la Biblia, tal palabra se convierte para nosotros en la palabra para el momento, la cual, a su vez, es la espada del Espíritu. Esta palabra se convierte en nuestro ser en una espada que aniquila al adversario y mata los gérmenes del adversario de Dios que operan en nuestro ser.

**La espada, el Espíritu y la palabra son una sola entidad;
cuando la palabra constante de la Biblia se convierte
en la palabra que el Espíritu aplica a nosotros y nos comunica
en un momento dado, en una situación particular, esa palabra
es el Espíritu como la espada que aniquila al adversario**

La espada, el Espíritu y la palabra son una sola entidad; cuando la palabra inalterable de la Biblia se convierte en la palabra que el Espíritu nos aplica y comunica en un momento dado, en una situación particular, esa palabra es el Espíritu como la espada que aniquila al adversario (Heb. 4:12).

Cuanto más tomemos la palabra de Dios con toda oración en el espíritu, más serán aniquilados todos los elementos negativos presentes en nuestro ser; finalmente, el yo, el peor enemigo, el enemigo del Cuerpo, será aniquilado

Cuanto más tomemos la palabra de Dios con toda oración en el espíritu, más serán aniquilados todos los elementos negativos que operan en nuestro ser; finalmente, el yo, el peor enemigo, el enemigo del Cuerpo, será aniquilado (cfr. Ap. 1:16; 2:16).

Cada vez que nos sintamos perturbados por alguno de los elementos negativos presentes en nuestro interior, debemos tomar la palabra de Dios con toda oración en el espíritu; cuando los elementos negativos en nosotros son exterminados mediante el orar-leer, el Señor obtiene la victoria

Cada vez que nos sintamos perturbados por alguno de los elementos negativos que operan en nuestro ser, debemos tomar la palabra de Dios con toda oración en el espíritu; cuando los elementos negativos que operan en nuestro ser son exterminados mediante el orar-leer, el Señor obtiene la victoria. Con frecuencia, cuando hay cosas negativas que nos perturban, lo primero que hacemos es decírselo a nuestro cónyuge, o quizás nos desfoguemos pateando al gato o tirando la puerta. En lugar de ello, cada vez que nos perturben cosas negativas, tenemos que acudir al Señor.

Nosotros somos guardados en la vida de iglesia y en el ministerio al recibir la palabra como el Espíritu quien, como espada aniquiladora, opera en calidad de antibiótico espiritual que mata los “gérmenes” que están en nuestro interior y nos permite llevar una saludable vida del Cuerpo, o sea, una saludable vida de iglesia

Nosotros somos guardados en la vida de iglesia y en el ministerio al recibir la palabra como el Espíritu quien, como espada aniquiladora, opera en calidad de antibiótico espiritual que mata los “gérmenes” que están en nuestro interior y nos permite llevar una saludable vida del Cuerpo, o sea, una saludable vida de iglesia. El tema que estamos tratando es la vacuna contra la decadencia. Ésta es la aplicación práctica de Efesios 6:17 a nuestra experiencia. Mediante toda clase de oración, recibimos la espada del Espíritu, el cual es la palabra de Dios. Si alguien

nos ha ofendido, tenemos que perdonar a tal persona. Pero si no tenemos contacto con el Señor —quien es la vida en nosotros que nos capacita para perdonar a otros—, entonces el espíritu maligno que está en los aires se aprovechará de que estamos ofendidos en nuestra parte emotiva y hará que optemos por no olvidar aquella ofensa. Así que, no olvidamos esa ofensa, y decidimos jamás olvidarnos de ella. Cada vez que veamos a aquella persona, recordaremos lo que ella nos hizo hace muchos años. Tenemos que darnos cuenta de que desde aquel entonces, la vida divina ha crecido en aquel santo. Si usted no está dispuesto a olvidar esa ofensa, causará daño a la vida de iglesia y se causará daño usted mismo. Hay quienes incluso han dejado el recobro debido a ofensas que no fueron perdonadas. ¿Cómo es que podemos eliminar tales ofensas? Es necesario que acudamos a Cristo como la palabra viviente que se halla en la palabra constante y que oremos dicha palabra; entonces, Él llegará a ser la palabra aplicada a nuestro ser. Al ser aplicada a nuestro ser, esa palabra es una espada, la cual aniquila directamente nuestras emociones ofendidas y aniquila indirectamente la potestad maligna que opera en los aires. Es así que somos resguardados.

El hermano Lee dijo: “Aparentemente, la espada del Espíritu mata mis emociones, pero en realidad, mata al espíritu maligno que está en el aire, el cual trata de aprovecharse de mis emociones”. También dijo: “Si hubiera guardado ofensas en contra de cierta iglesia o de cierto hermano, hace mucho que habría sido inutilizado para el ministerio”. Esto es muy sobrio. Él dijo también: “Sin el efecto aniquilador de la palabra como Espíritu que opera en mi ser, mi ministerio habría llegado a su fin”. Así pues, es de crucial importancia que aprendamos a recibir la palabra con toda oración.

Los vencedores guardan la palabra del Señor al acudir continuamente al Señor para tener contacto con Él, quien es la Palabra viva contenida en la Palabra escrita, a fin de que Él se convierta en la palabra aplicada, es decir, en el Espíritu que se imparte en ellos

Los vencedores guardan la palabra del Señor al acudir continuamente al Señor para tener contacto con Él, quien es la Palabra viva contenida en la Palabra escrita, a fin de que Él se convierta en la palabra aplicada, es decir, en el Espíritu que se imparte en ellos (Ap. 3:8; Jn. 1:1; 5:39-40; 6:63).

Los vencedores están completamente constituidos del Espíritu como la palabra de Dios, y por ello llegan a ser la novia de Cristo y el nuevo hombre, el hombre corporativo de Dios, que tiene el aliento de Dios, el cual opera como una espada aniquiladora para que los enemigos de Dios sean destruidos y los hijos de Dios sean manifestados

Los vencedores están completamente constituidos del Espíritu como la palabra de Dios, y por ello llegan a ser la novia de Cristo y el nuevo hombre, el hombre corporativo de Dios, que tiene el aliento de Dios, el cual opera como una espada aniquiladora para que los enemigos de Dios sean destruidos y los hijos de Dios sean manifestados (Ap. 2:7; 22:17a; 19:13-15; 2 Ts. 2:8). En Apocalipsis 2:7 dice que debemos tener un oído que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El Espíritu nos habla hoy, y al hacerlo mata todo elemento negativo que opera en nuestro ser. Así, Él mismo se infunde en nuestro ser como el antibiótico místico, divino y celestial, y como la vacuna divina en contra de toda enfermedad que hay en este universo. Además, Él nos nutre constantemente con todas Sus riquezas. Finalmente, no es solamente el Espíritu el que nos habla, sino que el Espíritu llega a ser nuestro único elemento constitutivo y, entonces, el Espíritu y la novia hablan como una sola persona. Así pues, el Espíritu y la novia llegan a ser el Espíritu-novia. Luego el Señor retornará para derrotar al anticristo y sus ejércitos. En Apocalipsis 19 dice: “Su nombre es el Verbo de Dios ... De Su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones” (vs. 13, 15). En 2 Tesalonicenses 2:8 dice que el Señor matará al anticristo con el aliento de Su boca. Esto nos muestra que la espada es Su aliento. Así pues, nosotros llegamos a ser el hombre corporativo de Dios, lleno del aliento de Dios, y ese aliento divino es la espada del Espíritu. Es así como nosotros retornaremos con Él desde los cielos; luego Él, junto con los vencedores, matará al anticristo y a sus ejércitos con el aliento de Su boca. Por tanto, el misterio de iniquidad se enfrentará finalmente al gran misterio de la piedad. El gran misterio de la piedad exhala Su aliento y, con él, aniquila completamente al misterio de la iniquidad. Entonces, el gran misterio de la piedad logra prevalecer en el universo entero. ¡Aleluya! Consagrémonos a Dios a fin de llegar a ser el hombre corporativo de Dios, que tiene el aliento de Dios.—E. M.